

1.

Colgó su impermeable y se sacó las botas enlodadas. Había sido una larga jornada y el único objeto que se desdibujaba en su mente en aquel momento, era el salmón pocheado con salsa blanca que preparaba Elda, su mujer, los viernes por la tarde. Subió las escaleras del faro, en espiral, dando vueltas como su olfato que se acercaba cada vez más al edén. Mark se sentó en la silla de madera junto a la ventana. Afuera seguía lloviendo, la tormenta duraría algunos días más. Pensó en los pescadores que no podrían sacar sus barcas el fin de semana y que comerían sopa de nabo hervido sin pescado por varios días. Las miradas de los niños frente a la sopa humeante pero insípida, los ojos negros como cuevas perdidas de su madre, que lentamente serviría hasta la última gota de aquella sopa aguada del cazo.

Comieron en silencio, como era usual, tan sólo un intercambio de palabras sobre el clima y la jornada, y alguno que otro comentario en torno a la salsa, si aquél día había quedado más espesa que de costumbre, un simple convencionalismo de parejas cansadas que intentan mantener una conversación, por más trivial que parezca para no sentirse culpables. Culpables de ignorar y ser ignorados, culpables de morir en el silencio más profundo.

Mark tenía casi sesenta años. Desde niño su padre le había inculcado el amor y respeto por el mar y la soledad. Recuerda que su padre lo llevaba los fines de semana a pescar. Salían antes del alba, con sus impermeables y botas de hule, las redes sobre los hombros. El amanecer, aquel instante en dónde el sol salía como una semilla ardiente en el horizonte, le llenaba los ojos de lágrimas que tragaba

rápidamente mientras lanzaba o jalaba las redes. Nunca había podido compartir esa alegría con nadie más que consigo mismo, aunque sabía por la mirada de su padre que éste también sentía algo cuando perdía la vista en el horizonte, pensando miles de cosas, sin susurrar una sola palabra. Eso era, su padre le había enseñado a vivir en la soledad, como el faro de aquel poblado irlandés.

El silbido del aire, las gotas batientes sobre el techo y los cristales, el ir y venir de una luz potente que ilumina por instantes ciegamente las habitaciones, para luego dejar fantasmas de sombras. Desde la cuna, el bebé se acostumbraba ya a esos cambios de luz que iban y venían, como la vida que nunca cerraría ciclos.

Mark con sólo sentir el viento entre el pelo alborotado y la lluvia sobre su cara podía presagiar la intensidad de la tormenta, como quien espera atento a su presa. Observar las tormentas, durante horas y días enteros, le causaba un placer extraño. Se sentía acompañado por los vientos intensos, por el rugido del mar cuyas olas se aventaban sobre los enormes peñascos de roca. Su mirada fija en la luz del faro, los movimientos que tenía que realizar el gran reflector, el saber que era la única esperanza de algunos marineros que se sentían perdidos en la inmensidad del mar negro y frío de las madrugadas con neblina.

Su vida ahora no era otra cosa que cuidar del faro, que la luz siempre estuviera presente, que brillara con la intensidad de una estrella como quien penetra en las cavernas del infierno.

2.

Sentado en la mesa con diez extraños, Santiago se dio cuenta de que no podía seguir ahí. Se dirigió hacia el bar en búsqueda de un tequila doble. Recargado en la columna, observaba el teatro que se presentaba ante sus ojos: La princesa con un pomposo vestido blanco que arrastraba por los suelos, saltando como loca, entre un grupo de amigos eufóricos que agitaban mechones de colores en todas las direcciones. No, estos eventos no eran para él, odiaba los compromisos sociales, las bodas, bautizos, comidas familiares y demás. Todo era falso, artificial, no lo resistía. El alcohol le hizo aguantar casi al final, no podía dejar sola a una de sus mejores amigas que lo había acompañado en momentos difíciles. Después de algunos minutos de estar sentado solo en la mesa, observando las copas vacías y los restos de los chilaquiles, con la mirada perdida al infinito, tuvo una visión. Ahí estaba, el balance era perfecto, las formas se unían en armonía. Tomó su cámara y empezó a fotografiar los vasos a medio llenar, las copas de vino, las servilletas arrugadas. Estuvo hasta el amanecer tomando fotos de todas las mesas vacías, de las sillas arrumbadas, de los platos sucios apilados.

A la mañana siguiente, Santiago se precipitó a su cuarto oscuro y estuvo trabajando hasta tarde. No podía detenerse, esas fotos decadentes eran sin duda las mejores: la composición, el encuadre, las tonalidades y texturas. Ni siquiera amplió alguna de las fotografías en dónde aparecían personas, después se encargaría de pasarle los negativos a su amiga para que alguien más las imprimiera. Por el momento, no podía dejar de concentrarse en aquellas fotos de objetos, que por alguna razón decían mucho más que cualquier otra foto.

A partir de ese día, Santiago comenzó a ser el último en irse de las fiestas. Los demás invitados lo veían atónitos cuando deambulaba entre las mesas vacías y tomaba fotos de las cosas más extrañas: la camioneta vieja del servicio de banquete, la cocina improvisada desbordante de platos sucios, pompones y serpentinas rotos en el suelo, el pastel olvidado y a medio derretir en la esquina del salón. Era algo que no podía explicar, pero que lo atraía con fuerza: Fotografiar el final de los eventos, esos espacios vacíos que fueron en algún momento importantes y que ahora vivían en la frialdad de su lente.

Recordó aquel viaje que hizo con su hermano a Wisconsin, esa tierra desolada de granjeros y quesos, que en pleno invierno mostraba su gloriosa decadencia. Decirle a Tomás que detuviera el coche. Oler el frío, escuchar las pisadas que rompían la fina capa de hielo, sumergirse en esos espacios desiertos y entrar en las granjas abandonadas, algunas de ellas quemadas, y fotografiar herramientas y maquinaria de campo roídas por los años y el olvido. Aquella fría mañana los dos hermanos recorrieron varias millas de granjas y bodegas, la mayor parte productoras de leche y quesos. A Santiago le atraía la madera vieja, el fierro oxidado, los muebles arrumbados, los cristales rotos. Había algo mágico en esos objetos abandonados, un aura especial que tenía que ser fotografiada.

Santiago sabía que no era una coincidencia, que ya se había sentido atraído por este tipo de paisajes y objetos en decadencia. Cuando era más joven y vivía aún en casa de sus padres, era común que pasara horas y días enteros encerrado en su cuarto oscuro. Era su refugio, un lugar en dónde estaba sólo él con su obra, sin que nadie lo molestara. El candor de la luz roja, la ondulación de los

químicos en las charolas, el contacto con el papel aún húmedo. Era su celda de placer. Recordó el día en que su madre entró a su cuarto y estaban extendidas muchas fotografías recién impresas que había puesto a secar. La madre preocupada le preguntó si estaba triste o deprimido a lo cual Santiago respondió, con asombro y cierta molestia, que no.

- Pero es que has ampliado sólo fotografías de tumbas y hojas muertas.

Hasta ese momento, Santiago cayó en la cuenta de que efectivamente, todas las fotografías que había decidido ampliar ese día, sin excepción alguna, tenían que ver con la muerte: hojas marchitas a punto de desprender el último soplo de vida y caer danzantes al suelo, tumbas de piedra y estatuas llenas de lama.

El haber encontrado ese nicho tan particular le produjo gran satisfacción. Como artista, siempre había estado a la búsqueda de esa bifurcación tan anhelada, de ese rincón del alma que no se puede compartir.

Empezó a acudir a fiestas infantiles, primero de sus sobrinos y después de vecinos y extraños. Procuraba llegar casi al final, cuando los papás se despiden y los niños batidos de helado y tierra arrastran los pies después de una dura batalla festiva. Buscaba con ansia el cadáver peludo de la piñata, con sus miembros dislocados tendidos en el césped. La pata de un *Barney*, la cabeza de un león. Después vendría el pastel destazado, los platos y vasos de plástico regados por el salón, los gorros en forma cónica debajo de las mesas.

A Santiago nunca le había gustado fotografiar a color, el blanco y negro le daba color a sus miedos y nostalgias.

No le gustaba retratar gente, y sólo lo hacía, como en el caso de la boda de su amiga, por compromiso o para ganarse algunos pesos. Para Santiago, la fotografía era una forma de encontrar lo que está ahí y que no vemos, lo que pasa desapercibido, el destello olvidado, la sombra renegada. En los detalles más ínfimos, en la forma del charco sobre la piedra, en la banca desolada o el paisaje gélido, ahí está el arte.

Santiago había sido un niño rodeado de amigos. Era simpático y caía bien. Sin embargo, tenía una faceta misteriosa y oculta que se fue revelando con el tiempo a través de su arte. Su padre no daba crédito de que su hijo hubiera viajado a Europa para fotografiar camiones de basura llenos de árboles de navidad secos, fábricas viejas o reflejos de vitrinas.

- Esto lo podías haber tomado a la vuelta de tu casa, no sé por que invertí tanto dinero en mandarte a Europa a tomar fotos, decía.

Santiago empezó a tener múltiples exposiciones, individuales y colectivas. Su maestro de fotografía artística lo había contactado con algunas galerías de arte, después de haber expuesto en espacios culturales. Le encantaban sus fotos y sabía que el joven tenía mucho talento. Por desgracia, la mayor parte de la gente que acudía a las inauguraciones, ni siquiera miraba las fotografías y se quedaban charlando con un canapé en una mano y una copa de vino en la otra. Eran tan cínicos, que se acercaban al artista y con una palmada de mano en la espalda decían:

- Santiago, tu obra es fantástica, muy profunda.

Muy profunda era la tristeza de Santiago al ver que hasta el mercado del arte era una farsa y que nadie iba nunca a comprar sus fotos. Tendría que seguir soportando su insufrible trabajo como abogado en un despacho corporativo para sobrevivir. Pero no le importaba, su fotografía era un encuentro consigo mismo, un remanso en la locura y neurosis que lo rodeaban. Se había vuelto parte de sí, la cámara era una extensión de su cuerpo que no podía controlar. Era más que un vicio, era el respirador que lo mantenía vivo.

3.

- Nos vemos a las 4, en el café de siempre, ¿ok?
- Ok.

No podía salir en esas garras. Se probó varias combinaciones, pero ninguna pareció convencerla. En el tráfico trató de olvidarlo todo, había sido sólo un malentendido. Tenía que platicar con Jorge esa misma noche. Intentó seguir las conversaciones de su grupo de amigas de la escuela con una tenue sonrisa y cordiales "sí verdad". Siempre era lo mismo, hablar de otros con saña, comentar los últimos chismes sociales o presumir los logros de sus hijos. Lucía no sabía que era lo que la mantenía en esas reuniones. Era casi morboso coleccionar amistades así, pensó, sin embargo algo la retenía. A veces se sentía sola y necesitaba aunque fuera la interminable perorata de sus amigas. En esos encuentros, siempre solía mentir, como todas, con su sonrisa implacable "yo todo bien, gracias. Jorge y los niños también."

Su matrimonio había sido un fracaso. Su esposo nunca estaba en México, viajaba por todo el mundo y las pocas veces que estaban juntos, cada quien estaba en lo suyo. Ni siquiera los unían los hijos. Lucía se tenía que ocupar de todo y Jorge con trabajos les preguntaba a los niños "¿Cómo les fue hoy en la escuela?", mientras mandaba un mail urgente desde su *blackberry*

Eso sí, dinero no les faltaba. Vivían en un lujoso departamento en Polanco, muy cerca de la escuela de los niños y con todas las comodidades posibles: un buen ejército de servicio, vacaciones a los lugares de moda, ropa de marca y buenos restaurantes en dónde Lucía tenía

que soplarse a las mujeres de los amigos de Jorge que se dedicaban a sorber una copa de vino de mala gana y a despellejar a la crema y nata de la sociedad. Era el precio que tenía que pagar, entre muchas otras cosas.

Lucía se sentía como una naranja recién exprimida. Recuerda la llegada de su primer bebé que le había robado lo poco que le quedaba de libertad. La escena del parto, un ser que luchaba como ella por sobrevivir en un mundo nada fácil. Sus amigas y familiares le habían hablado maravillas de la maternidad, que era la mayor satisfacción posible, que completaba a la mujer, que cerraba el círculo de la vida: servir de algo, dejar un hijo que perpetrara el apellido, sangre de su sangre. Cuantas veces había escuchado la misma historia, una y otra vez, desde la voz maternal y la de sus amigas y tías, lejanas y cercanas. Desde que llevaba ese enorme bulto enfrente, se había vuelto el tema de conversación. Todos querían saberlo todo: Cuantos meses llevaba, si se había sentido bien, si le daban ganas de vomitar, si se había hecho el ultrasonido, si querían saber el sexo del bebé antes de nacer, a que escuela iría y si ya tenían pensado alguna parejita para el aún no nacido. Esto la hacía sentirse bien, nunca antes la gente parecía haber estado tan interesada en su vida. Por desgracia descubrió que su estado de gravidez era la licencia para las felicitaciones tan falsas como un pastel de *Samborns*.

Quizás por eso, después del gran día, se sintió tan sola. El famoso *baby blues* la atacó con la violencia de un animal que muerde y sale huyendo. El veneno se quedó en su sangre para siempre. Ya no volvería a ser la misma. Lo había oído en reiteradas ocasiones, los bebés que chupan hasta la última gota de vida. Sin embargo, Lucía nunca

imaginó que fuera así, pensaba que se trataba de exageraciones burdas de mujeres para las cuales ir al súper representaba el gran proyecto del día.

Después del tan temido y platicado parto, vinieron cosas peores y mucho más dolorosas que el desgarramiento vaginal: visitas inoportunas, el aprendizaje tan frustrante y esclavizante de la lactancia. De niña Lucía era la niña consentida y mimada por todos. Había obtenido todo lo que había deseado. Para ella, la libertad, el decidir como y cuando hacer las cosas, de la forma en que ella lo quería, le daba un placer indescriptible.

Meses después del nacimiento de su primer hijo, encontró en un cajón unos minúsculos chupones, mamilas y baberos que le habían dado en los insoportables *baby showers*, a todas las mamás invitadas para que se los colgaran en la ropa. Miró con detenimiento los objetos en la palma de su mano y le llegó como un momento de revelación. Por fin lo entendió todo, el mensaje no podía ser más claro. Los hijos eran los colgüijes que siempre tendría que llevar prendidos, no había escapatoria posible. Aquella noche, después de haber dado a luz, rodeada de flores y de globos azules, se sintió más sola que nunca. Metida en las rasposas sábanas del hospital, tocó el pedazo de carne flácida de su ombligo, el lazo se había roto. Sentía que algo le faltaba, algo que durante nueve meses fue suyo y estuvo bajo su más estricta vigilancia y control. El pacto era otro. Ella lo había firmado al permitir que su cuerpo expulsara ese pedazo de carne trémula, como su ombligo, fuera de sí. Ahora simplemente no había vuelta atrás.

4.

Santiago nunca estuvo realmente convencido de estudiar leyes, pero la presión familiar y sobre todo la de su padre fueron demasiado fuertes. Por lo menos, pensaba, su actual trabajo en un despacho corporativo de gran renombre le permitía pagar su papel fotográfico y viajar, escapar del mundo de las corbatas *Hermés* y de las aburridas comidas de negocios con clientes y socios.

Cada mañana, con paso firme y una sonrisa algo tímida, Santiago se dirigía a su oficina, cerraba la puerta e intentaba concentrarse en la pila de contratos que le esperaban. Ponía música clásica y suspiraba mirando por la ventana: sólo faltaban algunos días para las vacaciones. No lograba pensar en otra cosa que empacar sus cámaras, tomar el coche, viajar con el rumbo de su alma en pena. Sabía que la soledad era su mejor aliada y la esperaba con avidez, como quien espera el encuentro secreto con su amante. Ya estaba cansado de usar máscaras, de fingir sonrisas, de felicitaciones absurdas, de los horrendos eventos sociales.

Después de su atormentado rompimiento con Renata, su novia de más de cinco años, se sentía decepcionado en el amor. Estaba ya aburrido de que sus amigos casados o con novia le torcieran el brazo para presentarlo con muchachas. En algún momento, llegó a pensar en decirle a sus amigos que era gay, con tal de que lo dejaran en paz de una vez por todas. En lo más profundo de su ser, sabía que su única y verdadera compañía, su cómplice, su alter ego, era su cámara. A través de ella podía descubrir otros mundos, interpretar sueños, hundirse en la magia de sus imágenes, más reales que la realidad misma.

El día tan esperado llegó. Ahora sí iban a ser unas buenas vacaciones, pensó Santiago empacando su *Leica*, *Hasselblad* y *Nikon F4*. Tenía sólo dos semanas de vacaciones, pero había pedido dos más. Un mes era lo mínimo que necesitaba para ordenar sus ideas, para disfrutar del silencio y la soledad que dan las carreteras desiertas del sur del país. Saboreaba ya el tomarse una cerveza helada frente al mar, sentado en una silla de lámina con un plato de pescado frito, con la única compañía de algunas barcas de pescadores y el graznido de unas gaviotas hambrientas.

Santiago sintió como sus angustias se iban esfumando mientras se alejaba de la gran urbe capitalina. Ya en la carretera rumbo a Oaxaca, se sintió más ligero, como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Era un día soleado pero no caluroso. Santiago bajó la ventanilla y respiró hondo el paisaje que se desdibujaba a su alrededor. Árido, solo, como él. Paró en el camino a tomar algo y a estirar las piernas. En una casa de lámina, vendían refrescos y algún bocadillo. La mirada de la señora que lo atendió le sorprendió por su calma y serenidad. Ya estaba en otro mundo, había salido de la psicosis que carcome a los habitantes de la ciudad y que los roe hasta la médula. La señora extendió la mano en cámara lenta, como en una película de Tarkovsky. Aquí el tiempo no tiene valor, pensó Santiago sonriendo, tiene sentimiento.

Eran muchas las horas que Santiago tenía por delante. El estar solo lo reconfortaba, le gustaba entablar esa relación consigo mismo, hundirse en sus pensamientos, perderse en la nostalgia de sus fantasías frustradas.

En esos momentos de absoluta paz, con la única compañía de su música clásica y en especial del chelo, recordó un sueño recurrente, una fantasía que había tenido

desde joven. Un día regresaba de la universidad después de una fastidiosa clase de derecho civil, y descubría en el correo una carta con el sello de la revista *National Geographic*. Lo abría con ansia, le temblaban las manos de la emoción, tenía que releer varias veces el mismo párrafo: Sí, lo habían aceptado en una misión fotográfica en el polo norte. Desde chico, Santiago tenía una fascinación por las fotografías que aparecían en el *National Geographic*, el cual llegaba con puntualidad mes con mes. Sabía que al abrir la caja del correo, encontraría la revista envuelta en un papel de cartón. Le encantaba sentir la textura de ese papel rasposo que contrastaba con la belleza y calidad de las páginas de la revista: lisas, suaves. Santiago escondía la revista en su sweater y se dirigía al baño. Se tiraba en el piso frío del mármol y cerraba la puerta. No quería ninguna interrupción, ni que alguno de sus hermanos se apoderara de su máximo tesoro. Las imágenes hablaban por sí solas: paisajes exóticos, lugares prístinos aún no descubiertos por el hombre. La imaginación del niño se aceleraba al ir hojeando la revista. Se podía pasar horas sumergido en sus páginas. Aunque no entendía muy bien el inglés de sus artículos, las imágenes tenían inscritas en sí mismas historias ocultas que Santiago descifraba.

Aunque Santiago bien sabía que nunca había enviado una carta solicitando ser colaborador de tal revista, esta fantasía se mantenía siempre viva. De hecho, ahora, mientras conducía por las sinuosas carreteras mexicanas, recordó que había veces que llegaba a su casa, y esperaba aquella carta que nunca llegaría. Sin embargo, sabía que siempre la estaría esperando y que este anhelo daría luz y calor a sus terribles noches de insomnio ya de adulto.

Ahora, Santiago se burlaba un poco de sí mismo de haber sido tan ingenuo. Aquellas fotografías que admiraba y

gozaba de niño eran puras ficciones: no existían tales lugares aún no descubiertos por el hombre y las fotografías eran un retrato occidental y colonialista de lo "exótico". Como fotógrafo podía percibir que aquellas imágenes carecían de verdadera calidad artística y eran simplemente los colores desbordantes y la belleza de los paisajes retratados lo que les daba un especial atractivo visual.

Santiago estaba consciente de que los objetos que fotografiaba eran el reflejo de sus sentimientos y estados de ánimo. Era inevitable aceptar que desde su fallida relación amorosa, se había vuelto más hermético, sus amigos ya casi no lo buscaban y sus fotografías de desechos y reliquias de fiestas asustaban a los espectadores. En el fondo sabía que sus fotografías lo delataban, jugaban el papel del psicoanalista, desnudaban su alma.

5.

La frustración y desesperación de Lucía, los primeros meses después del parto, se entremezclaban a momentos de goce y felicidad. Sin embargo prevalecía en ella una angustia y un profundo sentimiento de abandono. Aunque sabía que contaba con su esposo y su familia, Lucía no podía dejar de llorar. Le entraban crisis de pánico a la mitad de la noche, se despertaba en sollozos, con el camisón empapado y corría a ver si el bebé seguía vivo en su pequeño moisés de mimbre. Y no era sólo la angustia natural de las madres primerizas que sienten que su recién nacido puede dejar de respirar en cualquier momento, sino el saber que sería ella sola quién tendría que criar a ese niño, sin la ayuda de nadie, tarea que con el paso del tiempo se volvía cada vez más pesada. Esa preocupación, aunada a un agotamiento físico abrumador, la volvieron literalmente otra persona. Lucía perdió el brillo en sus ojos, signo de picardía y de complicidad con el mundo. Rara vez se le veía sonreír, si acaso por la fuerza y con gran hipocresía en reuniones familiares o cenas de negocios de su esposo. Ella estaba consciente de ese cambio, y eso aumentaba su amargura. Veía como sus proyectos intelectuales se diluían entre los patos de hule de la tina de su hijo y sus ambiciones profesionales se iban a la basura como los pañales llenos de caca.

Los bebés. Esos bultos de carne tierna que entregan bien arropados, sin duda maravillosos, pensó Lucía, pero nunca nadie había osado hablarle de las realidades de la maternidad. Había disfrutado enormemente el embarazo de su primer hijo. Se sentía orgullosa de su enorme panza y buscaba lucirla a toda costa. Le encantaba que la gente se detuviera a mirarla. Hasta los ridículos *baby showers*, en donde esposas de los amigos de Jorge daban cátedras sesudas

que iban desde toallitas húmedas hasta detalles morbosos del parto, le llegaron a parecer divertidos. El bebé aún no nacía y ya tenía un inmenso guardarropa.

Largas noches sin dormir, cambiar pañales como autómatas, el bebé pegado a su pecho el día entero. La rutina empezó a enloquecer a Lucía. Adoraba a su hijo pero nunca se imaginó, y esas cosas no las cuentan las "buenas madres", que la maternidad le fuera a chupar hasta el último soplo de su vida y de su libertad. Los siguientes hijos vinieron uno detrás de otro, había que cumplir con las expectativas, familia de cinco, llenar la *subúrbana* nueva, incrementar las ventas de *Huggies Supremes*.

Las palabras "paternidad compartida" habían sonado alguna vez en su mente, y se habían desvanecido como el humo. Alguna vez, muy ilusa e ingenua, Lucía llegó a pensar que en la sociedad moderna, eso era posible o más bien obligatorio. Un día, cansada después de una larga jornada de esterilizadores y papillas y lista para meterse a la cama, el bebé lloró y Lucía osó preguntar a Jorge:

- Mi amor, ¿podrías ir tú?. La respuesta fue contundente.
- No, eso te toca a ti.
- Pero, ¿por qué? respondió ingenuamente.
- Porque tú eres la mamá.

Quedaba claro, Lucía, mamá y esclava; Jorge, trabajo, restaurantes y viajes.

Incluso, llegó a odiar al mundo entero. En alguno de los pocos escapes que tuvo durante la temida cuarentena, tomó el coche y se dirigió al centro comercial más cercano. Instintivamente, bajó el vidrio para que el aire le

alborotara el pelo, acaso una simulación de aquella libertad tan añorada y prendió el radio a todo volumen. Necesitaba por un momento pensar sólo en ella, sentirse un ser humano otra vez. La primera escala fue en un *Starbucks*. El olor a café al abrir la puerta y la voz suave del empleado que le preguntaba como quería personalizar su bebida, la hicieron sentir viva de nuevo después de tantos días de enajenación total. Se sentó en un cómodo sillón de piel y volteó a su alrededor. Varios jóvenes, que bien podían ser estudiantes universitarios leían revistas o escribían sobre sus *lap tops*. Los odió. No los conocía, jamás los había visto y sin embargo ese sentimiento que antes tanto despreciaba y criticaba, le afloró. Envidiaba su alegría, su desinterés en la vida, su frescura.

Lucía, siempre metódica, puntual y eficiente, nunca había sentido lo que era perder la noción del tiempo. Mientras amamantaba a su hijo, pasaba prácticamente noche y día frente a la televisión, ella que tanto la odiaba pero sentía que el hecho de pasar tantas horas sentada en vela con el niño en brazos prendido a su pecho, terminaría por trastornarla. Después de varios días de no dormir, sólo el instinto maternal la arrojaba fuera de la cama después de unos minutos de sueño. Cargar al bebé, cambiarle el pañal, darle de comer, repetirlo, volverle a cambiar el pañal, acostarlo, arrullarlo y cuando lograba poner la cabeza en la almohada y respirar profundamente, volver a empezar de nuevo. Al principio tenía un despertador y anotaba en un libro las horas de la comida del bebé. Poco después descubrió la ociosidad del registro y decidió ya no ver el reloj. El estar consciente de las horas que pasaba haciendo esa rutina la enloquecía.

Pero para Lucía, lo más fuerte no era la angustia, el agotamiento o el sentimiento de abandono. La culpa la empezó a carcomer en los siguientes meses. La decisión de volver a trabajar después del periodo de maternidad estaba clara para ella. Sin embargo nunca imaginó el peso de la culpa. Nunca olvidaría ese desayuno con sus mejores amigas en dónde ellas le hacían sentir lo mala madre que iba a ser por regresar al trabajo.

- Los niños necesitan a su mamá las veinticuatro horas del día.

Después Lucía se dio cuenta de lo hipócrita que podía ser un comentario de este tipo. Muchas de sus amigas habían dejado de trabajar pero se iban a desayunos, al súper, al cafecito con sus otras amigas y demás, solas, mientras el niño era atendido por una nana. Considerando que Lucía trabajaba medio tiempo, ella en algunas ocasiones pasaba más tiempo con su hijo que las demás mamás cuyos hijos supuestamente necesitaban de ellas las veinticuatro horas del día. Lucía recuerda que lloró después de esa conversación y por momentos se sintió como una madre desamparada que iba a abandonar a su hijo para regresar al trabajo. Sin embargo, después cayó en la cuenta de que no podía sacrificar y abandonar su vida profesional, así por que sí, de la noche a la mañana. Bastante libertad le había ya robado su hijo, como para que ahora se encerrara en su casa y sus reuniones tuvieran como orden del día el cambio de pañales y la preparación de papillas multicolores.

Los interminables consejos maternos y de sus amigas, así como los que sugerían diversos libros infantiles, acabaron por confundirla. Todas las teorías se contradecían, un libro decía que la mejor técnica para que

el niño se durmiera era dejarlo llorar, mientras una de sus amigas le aseguraba que si no iba al instante por él, el niño sufriría de graves trastornos en la edad adulta. Confundida y presa de la culpa que la carcomía cada día con más fervor, Lucía caminaba por el pasillo al rescate de su hijo pensando "si me tardo quince segundos más, a lo mejor le creo un trauma a mi hijo" o bien "si hago esto lo voy a maleducar y será un tirano el resto de su vida". Esa voz incisiva que la cuestionaba a cada instante la persiguió durante los primeros años de crianza de su hijo. Para colmo, estaba ya cansada de que su esposo que pasaba el uno por ciento del tiempo con su hijo, los pocos momentos que estaba ahí la criticara con dureza y juzgara todas sus acciones.